

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO II |

San Salvador, Domingo 8 de Octubre de 1882.

| SERIE VI—N. 71

El Decálogo.

El *Decálogo* es el código de la humanidad y la base incontrastable de la moral universal.

Sin las leyes del *Decálogo* serían una pura ilusión nuestras relaciones morales, y los vínculos sagrados que unen á los hombres entre sí, y á cada uno de ellos con su eterno destino, desaparecerían por completo.

La fé es el medio poderoso de que nos valemos para levantar nuestras miradas al cielo; pero solo el *Decálogo* puede llenar las aspiraciones del corazón, las esperanzas de lo infinito y el gran vacío de las almas.

En medio de truenos y relámpagos, de rayos, vientos y tempestades, con que se simbolizaba la omnipotencia y la soberanía de Dios, oculto en nube misteriosa sobre la cumbre del monte santo, se revelaron á Moisés las divinas leyes del *Decálogo*.

El pueblo hebreo caminaba por los desiertos de la Arabia á la prometida tierra de Canaan, cuando Dios se dignó darle á conocer los preceptos de su voluntad soberana. Escritos en tablas de piedra con divinos caracteres, fueron encomendados á aquel pueblo privilegiado y bendito, custodio de los secretos de Dios, para formar la base indefectible de su conducta y de su organización social.

Las leyes judiciales del pueblo escogido y las que arreglaban las ceremonias de su culto, se apoyaban en los morales preceptos del *Decálogo*; ó mejor dicho, se dirigían á asegurar su observancia, y á garantizar su estabilidad y firmeza. El Pentateuco es el divino comentario de esa ley traída del cielo para hacer la felicidad de los hombres en la tierra.

Los hijos de Adán caminan también por los desiertos de la vida, y en sus tenebrosos senderos, es la fé estrella radiante que alumbra su inteligencia, y el *Decálogo* guía seguro que dirige su voluntad y su acción.

En la fé se halla toda la verdad; y en el *Decálogo* se encuentra reasumida toda la virtud. Y la verdad y la virtud son los mayores bienes que el hombre puede poseer sobre la tierra, y los únicos medios de llegar á su eterna felicidad y ventura.

Las relaciones íntimas que unen entre sí los fenómenos que observamos en el mundo material y visible, con las causas de que esos mismos fenómenos proceden, constituyen las leyes físicas, las leyes de la naturaleza inconciente.

Así también, las íntimas relaciones entre los fenómenos del mundo espiritual é invisible, y las causas que los producen, constituyen las leyes morales, las leyes de la naturaleza racional y conciente.

Si las bellezas del orden físico, y sus espléndidos conciertos, son el resultado de las leyes inmutables que reglan la acción y los movimientos de la materia, también las bellezas del orden moral, y la sublime armonía de sus variadas relaciones, son el efecto necesario de las leyes que dirigen la acción del pensamiento y los movimientos del alma en la invisible naturaleza de la razón y del espíritu.

La infinita sabiduría de Dios es la suprema ley del universo.

En los séres materiales, destituidos de razón é inteligencia, es la *ley física*; en los séres espirituales, inteligentes y libres, es la *ley moral*.

Y la *ley moral* es el *Decálogo* revelado al hombre degenerado por la culpa, y extraviado en el sendero tenebroso de las pasiones y los vicios; es la eterna ley de la voluntad y la conciencia, desconocida de la sabiduría humana, y perdida en el laberinto de los errores y en el abismo de su profunda ignorancia. "Ley escrita en nuestros propios corazones, y de que nos dá testimonio la conciencia," según la expresión del Apóstol; pero que ha debido renovarse por una particular revelación del cielo, para que el hombre pudiera sujetar á ella la dirección de sus eternos destinos.

No sabemos cómo ha podido llegar la aberración de ciertas inteligencias, hasta el punto de creer incompatible el dogma de la divina Providencia con las leyes inmutables que rigen el universo. Esas leyes, en vez de eliminar y excluir la acción del gobierno de Dios en el mundo físico y moral, la presuponen y la afirman, y sin ellas, se haría de todo punto inconcebible.

Efecto de esa paternal y divina Providencia, en el gobierno y dirección de los hombres, fué la promulgación de las leyes del *Decálogo*.

Toda ley, todo debér, todo derecho, así en el orden natural como en el orden positivo, así en la conciencia individual como en la constitución de la sociedad y la familia, nacen de los preceptos del *Decálogo*, y de allí toman su fuerza y su energía.

Desconocer el *Decálogo* es echar por tierra todo orden de relaciones morales y sociales, porque él es la ley universal de la conciencia humana y el único punto de partida para llegar al colmo de la virtud y de la dicha. Toda otra ley, religiosa, política ó civil, ninguna otra cosa debe proponerse, sino es su más fiel observancia y su más exacto cumplimiento.

No solo es el *Decálogo* ley de los cristianos, es ley de todo el género humano: no solo ordena los deberes de la religión y de la moral individual, sino también todas las relaciones sociales de que los hombres son capaces.

¿Cuál sería la suerte de la religión, de la moral, de la familia, de la sociedad, sin el *Decálogo*? ¿A qué

estarían reducidas sin él las más caras relaciones del hombre sobre la tierra? La amistad, la benevolencia, la gratitud, y todos los afectos nobles y generosos del corazón humano, ¿qué vendrían á ser sin los divinos preceptos que moderan y regulan todas las acciones humanas, así en el orden de la naturaleza, como en el orden sobrenatural de la gracia?

Los derechos individuales y las garantías sociales, la constitución de la familia y la organización de la sociedad, los deberes y derechos de los gobernantes y la obligación de obedecer en los gobernados; todo aquello, en fin, que tiene por objeto y se dirige á afianzar la observancia del orden moral y á mantener los vínculos que ligan al hombre con el objeto de su verdadera felicidad y perfección, se encuentra en el *Decálogo* y en los divinos mandamientos que contiene.

Las leyes humanas apenas se encaminan á ordenar las acciones exteriores de los hombres para promover su felicidad temporal, y la paz y tranquilidad en el orden exterior y visible, sin penetrar en el santuario de la conciencia, sino es á veces de una manera indirecta; pero las leyes del *Decálogo* ligan los actos más íntimos de la conciencia humana, en que penetran para asegurar la paz y la tranquilidad interiores, cuya posesión constituye la felicidad verdadera, y la más cumplida perfección moral. No solo mandan y prohíben los actos externos de la vida, sino también los más íntimos del alma. De consiguiente, de solo el *Decálogo* puede nacer la virtud verdadera, la virtud moral que hace felices á los hombres y á los pueblos, como de las leyes humanas no puede nacer sino la virtud externa y la observancia de una justicia civil, que no siempre se halla conforme con los afectos secretos del alma y del corazón.

SECCION CIENTIFICA.

Los Sábios, la Revelación y la Biblia

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

La unidad de la especie humana ha sido, de algún tiempo á esta parte, uno de los puntos de desacuerdo que se ha pretendido señalar entre la revelación y la ciencia.

Es preciso recordar, que en la divina revelación no se contiene de una manera expresa, sino aquellas verdades del orden moral y religioso, que al hombre importa conocer para salvarse. Las verdades puramente científicas no son su objeto inmediato, y solo pueden estar en ella comprendidas, cuando tienen alguna relación con las verdades, que constituyen el orden sobrenatural de la conciencia.

De aquí se deduce, que no es acertado el juicio de aquellos sábios, que atacan la Biblia en nombre de la ciencia, como si ella fuera un depósito de conocimientos científicos; ó mejor dicho, como si ella debiera ser una enciclopedia universal, destinada á contener los resultados de las investigaciones en todo género de conocimientos.

Sin embargo, como la Biblia es un libro inspirado, que contiene en gran parte las verdades reveladas por Dios al hombre, para promover su salvación eterna, y aún su felicidad temporal, ninguna de las enseñanzas que encierra puede hallarse en oposición con los descubrimientos y adelantos de la ciencia verdadera, aún en aquellos puntos científicos que ella toca por mera incidencia, ó por la relación que guardan con las verdades del orden sobrenatural y religioso.

En la cuestión relativa á la unidad de la especie humana vemos un ejemplo notable de lo que se acaba de decir.

No se encuentra en la Biblia un solo pasaje, una sola palabra, en que se hable directamente de esa unidad es-

pecífica, por más que algunos enemigos de la religión, para poder atacarla sobre este punto, se empeñen en quererlo suponer así. Tampoco la Iglesia, que siempre saca sus doctrinas de la Biblia y de las tradiciones divinas, ha enseñado cosa semejante en sus decisiones dogmáticas.

En la Biblia solo encontramos revelada la doctrina sobre la unidad de cuna ó de tronco del género humano, pues en ella se enseña expresamente que todos los hombres descienden de una sola pareja primitiva. Esta enseñanza es el dogma fundamental de todo el cristianismo; esto es, no solo de la religión católica, sino también de todas las sectas cristianas que de ella se han separado y se muestran disidentes.

Ni los sábios ni la religión tienen derecho, en buena lógica, para deducir la unidad de la especie humana, de su unidad de origen ó de cuna. Nó los sábios, porque muchos de ellos han mostrado y muestran simpatías, y aún admiten con fé inquebrantable, las recientes doctrinas de la evolución y de las generaciones espontáneas. Nó la religión, porque esta no ha pronunciado hasta hoy fallo ninguno decisivo contra esas mismas doctrinas, sino solo en los pocos casos en que se las ha querido aplicar al origen espiritual del hombre y á la moral responsabilidad de sus acciones.

Sin embargo, por poco que se reflexione, fácilmente se verá, que si la unidad específica no es consecuencia lógica de la unidad de origen ó de tronco, atendido el estado actual de la ciencia, que no reconoce las teorías transformistas, y que más bien las desecha y las reprueba, la unidad de la especie humana es más conforme que la pluralidad de las especies á la enseñanza dogmática sobre la unidad de tronco y de pareja.

De allí nace el empeño que se toman muchos sábios cristianos en apoyar y sostener la unidad específica del hombre, sin que por esto la Iglesia tome un directo participio en sus privadas investigaciones.

Todavía hay otra razón más poderosa, que justifica aquel empeño decidido. Una vez que la ciencia ha desechado, como queda dicho, las doctrinas transformistas, de la pluralidad de especies se concluye legítimamente la pluralidad de cunas y de parejas. Pero aún en este caso, la Iglesia se ha abstenido de pronunciar su juicio infalible, porque ella no ha condenado el transformismo, en lo que hace relación á la naturaleza animal del hombre; y así, considera esas cuestiones como cuestiones meramente científicas, que deben dejarse á la libre discusión de los sábios.

No hay duda, que la diversidad de razas en los diferentes pueblos que habitan la superficie del globo, y la observación de que algunas de estas son más ó menos refractarias á la admisión y progresos de la civilización y cultura, ha dado ocasión para que se acepte por algunos la pluralidad de especies en el hombre. Y si bien los argumentos que para ello se ponen en juego son, en su mayor parte, sofismas vulgares condenados por una sana lógica y opuestos á la observación de los hechos, el odio á la religión y á la Biblia suple lo que falta á la crítica y á la severidad de los principios.

A pesar de esto, bastante consolador es para las almas cristianas poder reconocer la exactitud con que habla Mr. Burgmeister, ardiente poligenista, cuando asegura, que "el número de los defensores del *monogenismo* [esto es, de la unidad de cuna], parece aumentar desde que la ciencia ha mirado con desdén y sin interés para ella el dogma de la creación mosaica."

Vamos á concluir estas ligeras observaciones citando una sola de las innumerables declaraciones solemnes de tantas ilustraciones científicas, que han apoyado, así el dogma cristiano de la unidad de origen, como la doctrina generalmente recibida de la unidad de especie. Nos referimos al testimonio irreprochable de ALEJANDRO DE HUMBOLDT, el viajero intrépido, el observador esclarecido é inteligente, el autor inmortal del *Cosmos*, verdadero repertorio universal de geografía, y de historia, de ciencias físicas y naturales.

—“Sosteniendo, dice, la unidad de la especie humana, tenemos que rechazar, por una necesaria consecuencia, la

odiosa distinción de las razas superiores y de las razas inferiores. Sin duda que hay familias de pueblos más susceptibles de cultura, más civilizadas, más ilustradas que otras; pero no las hay que sean más nobles que otras. . . . Una idea que se revela á través de la historia, y que cada día extiende su saludable imperio, la idea de la humanidad, de la perfectibilidad general de la especie humana, . . . tiende á hacer caer las barreras que prejuicios y vistas interesadas de todas clases, han levantado entre los hombres, y tiende también á hacer mirar la humanidad en su conjunto, y sin distinción de religión, de nación, de color, como una gran familia de hermanos, como un cuerpo único que marcha hácia un mismo y solo objeto, que es el desarrollo de sus fuerzas morales. . . . En tanto que se ha tratado de las variaciones extremas, se ha llegado á considerar las razas, no como simples variedades, sino como fuentes humanas originariamente distintas. Pero en mi opinión, razones más poderosas militan en favor de la unidad de la especie humana: estas razones son, las numerosas gradaciones del color de la piel y de la estructura del cráneo, que los rápidos progresos de la ciencia geográfica han hecho conocer en los tiempos modernos. La mayor parte de los contrastes, que en otro tiempo llamaron la atención, se han desvanecido ante el trabajo profundo de Tiedemann sobre el cerebro de los negros, y ante los estudios anatómicos de Vrolik, de Weber y de Flourens."

Ante la autoridad irrecusable de hombres, como HUMBOLDT, que han consagrado su vida á la paciente observación de la naturaleza, y á recorrer el mundo entero con laboriosidad infatigable, ¿qué valen las gratuitas aseveraciones de algunos antropólogos modernos, que arrastrados por su odio á la religión ó por intereses de momento, se atreven á resolver las más graves cuestiones de la ciencia humana desde el fondo oscuro de un gabinete; y esto, conculcando á veces los principios de la sana lógica, y mirando con desdén y menosprecio la autoridad de los grandes sábios?

Nosotros, los que pertenecemos al número de las inteligencias vulgares, los que formamos la plebe de los hombres que se dedican al estudio y cultivo de las ciencias, ¿á quién deberemos atenernos? ¿Qué autoridades deberemos preferir? ¿Quién podrá darnos mayor seguridad, de que vamos por el camino de la verdad, y no extraviados en los senderos del error?

Dejamos al buen sentido de cada uno, libre de prejuicios y pasiones, la contestación á estas preguntas.

SECCION PIADOSA.

Domingo XIX después de Pentecostés.

No solo ha sido disputada á la Iglesia por los incrédulos y los herejes la divina potestad de perdonar los pecados, sino que también se la negaron á Jesucristo los escribas y fariseos.

Se hallaba el Salvador en Cafarnaum cuando le fué presentado un paralítico, acostado sobre su lecho, en medio de un numeroso concurso de gentes, que escuchaban sus divinas enseñanzas.

Viendo entonces Jesus la fé de los conductores y del enfermo, dijo á este: *Confía, hijo: tus pecados te son perdonados.*

Los escribas y fariseos, que allí estaban presentes, murmuraron y dijeron entre sí: *Este hombre blasfema.*

Viendo Jesus sus pensamientos, les dijo: *¿Qué es más fácil, decir: te son perdonados tus pecados, ó decir: levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados: Levántate (dijo al paralítico), toma tu lecho y véte á tu casa.*

Y el paralítico se levantó y se fué á su casa.

Tal es la sencilla relación que el evangelista San Mateo nos hace de este doble prodigio obrado por el divino Maestro.

A la voz de la fama que corría por toda la Samaria, la Galilea y la Judea, de los recuentes milagros de Jesucristo, le llevan y ofrecen este pobre paralítico para implorar de su divina clemencia la curación de aquella penosa enfermedad; y El, no solo le restituye la salud de su cuerpo, sino también, y antes de todo, la espiritual salud de su alma, con el perdón de todos sus pecados.

Lo que determinó al Redentor á conceder esta gracia mayor, que no se le pedía, fué el haber observado la grande fé que animaba á los conductores y al enfermo. San Lucas añade, que era tanta y tan viva, que no pudiendo entrar por la puerta de la casa en que Jesus se hallaba, á causa de la multitud de gente que la llenaba, se subieron al techo, y separando algunas tejas, descolgaron el lecho con el enfermo, de modo que este quedara de improviso colocado frente á Jesus y en medio de aquella numerosa concurrencia.

Es la fé, ciertamente, la fuente de toda gracia, el origen de toda salud, la base de toda perfección.

Sin la fé es imposible agradar á Dios, y quien la tiene, no puede menos que atraerse las bendiciones del cielo, aún sin ser suplicadas y pedidas.

Al mayor de los dones, que el hombre puede poseer en la tierra, siguió en el paralítico el mayor de los beneficios y la más inestimable de las gracias, con que Dios puede enriquecer al alma: el perdón de los pecados.

El pecado es la causa de todas nuestras desventuras, de todas nuestras enfermedades y miserias, de todas nuestras penas, calamidades y desgracias. Por esto es que Jesucristo, antes de hacer desaparecer el efecto, quiso destruir de raíz la causa que le produce, antes de curar la enfermedad del cuerpo quiso curar la enfermedad del alma.

Los escribas y fariseos se escandalizan al ver que un hombre perdona los pecados. *Este blasfema*, dicen entre sí. Según San Lucas, añaden: *¿Quién puede perdonar los pecados, sino es Dios?*

Este mismo escándalo muestran tener los modernos fariseos, que son los incrédulos, los impíos y los herejes, cuando niegan á la Iglesia cristiana la potestad que Jesucristo le dejara para perdonar á los pecadores.

Nadie, sin duda, puede perdonar los pecados sino solo Dios; y es Él, y no el hombre, quien siempre los ha perdonado y perdona en el augustísimo sacramento de la penitencia.

El Sacerdote, revestido de un poder divino, que nada tiene de común con todos los demás poderes de la tierra, ni aún con aquellos que gobiernan el cuerpo social de la Iglesia, perdona las culpas, de quien las confiesa humildemente con sentimientos de contrición y propósito de enmienda.

Para que sepáis que el Hijo del hombre, dice Jesucristo, *tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados!!* Cómo si dijera: para que sepáis que el Hijo del hombre es verdadero Dios, y que como tal perdona al pecador que tiene fé y se arrepiente sinceramente de sus culpas!! *El Hijo del hombre!* es decir, Jesucristo, Dios y hombre verdadero! Como Dios, no cabe duda que goza de ese poder; pero también le goza como hombre, por la unión hipostática de su divinidad con su humanidad santísima.

Este mismo poder, sin trabas ni limitación ninguna, fué dejado en la Iglesia, y conferido á los apóstoles y discípulos, y á sus legítimos sucesores los obispos y sacerdotes, cuando el divino Redentor les dijo: *Recibid el Espíritu Santo; aquellos, cuyos pecados perdonareis, perdonados les serán.*

Cuando Jesucristo conoció el argumento de los fariseos, les admitió el principio, y les negó la consecuencia.

Solo Dios puede perdonar los pecados; para Él les probó su divinidad con un hecho concluyente.

La curación de las enfermedades del alma no se puede ver ni palpar; pero sí se ven y se palpan las curaciones del cuerpo.

El mismo poder divino que es necesario para sanar el alma, se necesita también para sanar repentinamente á un paralítico.

Y Jesucristo curó de esta manera al paralítico, para

dar á conocer su divinidad y mostrar su soberana omnipotencia.

“Viendo las turbas (un prodigio semejante), continua el Evangelista, se llenaron de terror, y glorificaron á Dios, por haber dado un tal poder á los hombres!!”

Las turbas, no los escribas ni fariseos.

Es lo mismo que se ha verificado y se verifica todos los dias en el mundo. Las gentes sencillas, los hombres de recto corazón, de fé pura y sincera, son los que reconocen y aman á Jesucristo, los que le descubren en las maravillas de la naturaleza y en los prodigios de la gracia. Los orgullosos y soberbios, los sabios presuntuosos, y los de corazón dañado, los que tienen poca fé y perversas intenciones, esos solo viven suscitando dificultades y embrollos para eliminar á Dios del mundo y negar al Redentor.

Bien puede hablarse á estos últimos el lenguaje claro y neto de la verdad, bien pueden presenciar los mayores prodigios y las más grandes maravillas.

Ellos no creen, ni jamás creerán.

No creen, porque no han querido creer. Ni creerán, porque Dios hará sentir sobre ellos todo el peso de su divina reprobación.

CRONICA INTERIOR.

“**El Triunfo.**”—En su último número 22, publica un interesante artículo titulado “*La mujer sabia.*”

Es un bello cuadro en que figura el *hombre moderno*, con las señales de su decadencia, y con su pueril pretensión de sacar todas las instituciones de sus naturales quicios, con el pretexto de mejorarlas.

Expone los resultados; y demuestra con evidencia luminosa, que el matrimonio civil, la moderna filantropía, la sola fuerza de las mayorías como única base de la ley, y las demás invenciones modernas, no son más que mezquinas parodias y ridículas caricaturas del verdadero matrimonio, de la caridad cristiana, de la ley eterna y divina, y de los principios fundamentales del orden social.

Describe después el carro del progreso, que, rodando sobre los escombros de estos quicios sociales, es parado y detenido por *la mujer sabia*, esto es, la que siente su dignidad, conoce su misión y sabe amar con rectitud.

Las palabras que el autor pone en sus lábios, formulan la protesta más enérgica y más justa que la mujer lanza contra el matrimonio civil y el divorcio, y son al mismo tiempo el argumento más ineludible, contra esas parodias de los principios salvadores de la familia.

El *hombre moderno* convida á la mujer para que se levante como él se ha levantado, se ilustre como él se ha ilustrado y suba con él al carro del progreso; pero ella le vuelve la espalda, y se retira á llorar sobre las ruinas de su destruido hogar.

Pésame.—El Domingo 1.º del corriente, el apreciable caballero Don Dionisio Bernal falleció, casi repentinamente; en la Ciudad de Santa Ana.

Damos nuestro sentido pésame á toda su distinguida familia, principalmente al Señor Diácono Doctor Don Juan José Bernal, quien sufre doble dolor.

Porque fué, no solo hermano afectuoso del apreciable difunto, sino además padre solícito, que lo crió en su orfandad é imprimió en su corazón los principios, que lo hicieron después acreedor á la estimación de todos.

La fiesta de San Francisco de Asis.—Fué celebrada por la Parroquia de la Merced, el 4 del corriente.

Este gran Patriarca del Catolicismo tiene títulos muy justos á la especial devoción de toda la Ciudad y más particularmente de esa Parroquia.

Los hijos de San Francisco, establecidos aquí, casi desde la fundación de la Ciudad, fueron como los padres del pueblo, que trabajaron apostólicamente por su conversión á la fé, por su ilustración y por su moralidad; que lo defendieron de la opresión de sus dominadores; que lo consolaron en sus lamentables desgracias; que lo favore-

cieron en sus necesidades materiales y con su sagrado ministerio formaron la piedad de sus costumbres.

Después de muchas generaciones, la civilización moderna, que nada ha hecho jamás en favor del pueblo, fué á tocar la puerta de su convento el año de 29, y los suprimió en nombre de la ilustración, los desterró en nombre de la libertad, y se apoderó de sus bienes en nombre del progreso.

Cuando las circunstancias obligaron al Prelado Diocesano á dividir la Capital en dos Parroquias, fueron erigidas bajo la advocación de sus dos ilustres protectores; una bajo la de Santo Domingo de Guzmán y otra bajo la de San Francisco de Asis.

Pero arruinados el templo y el convento de franciscanos el año de 73, ésta tuvo que trasladarse á la Iglesia de la Merced donde está ahora, y los antiguos edificios fueron ocupados por el Supremo Gobierno y convertidos en el cuartel de artillería.

Pero aunque aquellos religiosos se alejaron y hasta los vestigios de sus monumentos desaparecieron completamente, la devoción á los Santos fundadores y la gratitud á sus beneméritos hijos, se conservan vivas en el corazón del Pueblo, y se transmiten de generación en generación como de mano en mano, por las tradiciones populares y domésticas.

Prueba de ello es el entusiasmo con que anualmente se celebran sus festividades sin que lo impida ninguna contrariedad, como sucedió el miércoles en que, á pesar de las lluvias de casi todo el día, la concurrencia fué grande y espléndida la pompa religiosa.

El Ilmo. Señor Obispo asistió á la Misa mayor, y después del Evangelio ocupó la Cátedra sagrada, para pronunciar, con la ilustración que le es propia, un magnífico elogio del Patriarca de Asis.

Por la tarde, predicó también el Señor Presbítero Doctor Don Manuel Francisco Vélez, cuyo constante ideal es demostrar la armonía entre la religión y la ciencia, entre la fé y la razón, entre el orden físico y el orden espiritual.

Con la pena que siempre nos causa hacer observaciones contra lo que publica la prensa oficial, nos vemos obligados á hacerlas ahora al artículo, titulado “*La extinción de las especies humanas inferiores.*” firmado con “*El Doctor Lux,*” que “*el Diario Oficial*” del 29 de Setiembre reprodujo, traducido de “*L'Intransigeant.*”

Contiene dos argumentos contra la *unidad de la especie humana*, tal cual nos la enseña la sagrada Biblia: el primero, es el asombro con que Voltaire veía dicha afirmación; y el segundo, el espíritu refractario de ciertas razas á los *progresos de la civilización.*

En nuestra sección de Variedades hemos insertado dos pequeños artículos, que contestan perfectamente á estos dos argumentos.

El uno titulado “*Voltaire juzgado por Mazzini,*” demuestra el valor que merecen las opiniones de Voltaire, graduado, no por un ultramontano, sino, nada menos que por el gran patriarca de la Democracia y de la masonería.

El segundo, titulado “*Lo que cuestan las perlas,*” demuestra qué clase de *civilización* y qué clase de *progreso*, son, á los que las razas de Ceilán (que es de las que trata el artículo insertado,) oponen un espíritu refractario, y por qué causas.

Pero diremos además que solo por ironía puede llamarse argumento y demostración lo que dice Voltaire, quien, de la diversidad de colores entre los blancos y los negros, deduce la diversidad de sus especies, y por consiguiente la imposibilidad de que hayan nacido de una sola pareja, Adán y Eva.

Por qué solo la irreligión pudo haberlo cegado hasta el extremo de afirmar, que la diferencia accidental de colores entre los hombres, fuere una diferencia sustancial en su especie.

“En la especie humana, dice el Conde Buffón, (hist. nat. tom. 9 § 2.), no se nota la influencia del clima, sino con variaciones muy ligeras, porque esta especie es única y distintísimamente separada de las otras. El hombre blanco en Europa, negro en África, cobrizo en Asia,

es un mismo hombre, teñido, digámoslo así, con los colores del clima."

El sabio Feller hablando de los negros (cap. 2, art. 5) dice: "Su negrura ó color negro está solo en la epidermis, cuya red, dilatada demasadamente por el calor, humedad, vientos, &, absorbe mayor copia de rayos de luz, que es en lo que consiste el color negro."

El argumento que el *Dr. Lux* funda en el espíritu refractario que algunos pueblos conquistados han opuesto á la *civilización y progreso* con que les han trindado sus conquistadores, no es menos que pueril; porque antes de fijarse en el *espíritu refractario* que oponen los unos, debió haberse fijado en la *en la naturaleza de civilización y en la clase de progreso* que les ofrecen los otros.

Si la civilización que los ingleses ofrecen á los naturales de Ceilán, consiste en que los infelices naturales, á costa de su salud y de su vida, entren al fondo del mar á sacar las perlas, y que los ingleses se adornen con ellas, ó las vendan á precios fabulosos: si la civilización que los conquistadores de América ofrecían á los indios, consistía en que estos trabajasen en las minas con esfuerzos inauditos, y aquellos se apropiasen las barras de oro: si la civilización que los holandeses y portugueses brindan á sus colonias, consiste en sacrificarlos á su propia utilidad y riqueza, nada hay más natural, ni más lógico, ni más justo, como que las razas de Ceilán, de América y de otros países conquistados, opongán un *espíritu refractario á ese progreso y á esa civilización*, que les brindan sus conquistadores.

Pero jamás se encontrará un solo pueblo ni una sola raza, que se resista á la verdadera civilización y mejoramiento que les brinda el amor, y que en realidad los mejora sin aniquilarlos.

Prueba de ello son los misioneros católicos, que con la mayor facilidad han ilustrado las razas más incultas, han vencido las naciones más indómitas, han suavizado los caracteres más rebeldes, consiguiendo de ellos los cambios más difíciles, que puedan imaginarse; como son el cambio de sus preocupaciones, por la verdadera fé; el de sus inveterados vicios en virtudes; el de sus costumbres bárbaras y agrestes, en los modales cultos y corteses de la verdadera civilización.

El Diario Oficial, número 222 correspondiente al 5 de Octubre, reproduce un gracioso *Diálogo filosófico*, firmado por ERNESTO RENAN, en que se vaticinan los futuros destinos de la tierra que habitamos, de la humanidad, y aún de todo el universo, á juzgar por los rápidos progresos que la ciencia vá haciendo de día en día.

No se llega á descubrir cual sea la intención del autor, si hablar en serio, ó entretener á sus lectores con una fábula, que mucho se asemeja á los fantásticos cuentos orientales.

Si nos atenemos á lo primero, las previsiones de MR. RENAN podrían llegar á ser una realidad efectiva, por lo que respecta al predominio absoluto de la fuerza dinámica de la materia sobre la sociedad, sobre las masas, sobre las inteligencias, y sobre todo cuanto el hombre ha tenido hasta hoy por venerable y sagrado, si la ciencia continuara descarrilada por donde la han querido llevar algunos sábios, de ideas libre-pensistas y anárquicas.

Esa aristocracia, que en nombre de la razón ilustrada y de la ciencia gobernara, según la doctrina de Mr. Renan, de la manera más despótica y tiránica, á la inmensa mayoría de los hombres, y sometiera á sus caprichos y á sus abstractas investigaciones los futuros destinos del universo, completando lo que la naturaleza ha dejado imperfecto y débil, llegaría á ser, sin duda alguna, el resumen y la última palabra de esa ciencia orgullosa y envanecida, que pretende levantarse contra la infinita sabiduría y los inescrutables designios del Creador.

Pero, por fortuna, y por más ilusiones que se hagan algunos deístas y los atéos, que tanto exaltan la fuerza mecánica del mundo y los prodigiosos avances de la razón humana, aquel caso no llegará jamás; y la humanidad caminará siempre con paso seguro por los derroteros que la divina Providencia le ha marcado.

¿Hasta cuándo llegarán á convencerse los sábios de ideas extraviadas, que la historia del pasado, debe responder siempre de los sucesos del porvenir? ¿Qué derecho podemos tener nosotros, en vista de los progresos actuales de las ciencias físicas, para asegurar que tocamos ya con la meta de la ciencia verdadera y perfecta?

Nosotros los cristianos descansamos tranquilos en las enseñanzas de nuestra fé, sin hacernos la ilusión de creer que la razón humana pueda jamás llegar á superar las fuerzas inalterables de la naturaleza, de las que sólo pueden servirse en muy limitada escala para sus progresos científicos y los adelantos de la industria.

También sabemos que es una verdad, que jamás podrá faltar; la que expresó el Apóstol cuando dijo, hablando de los hombres que se separan de las enseñanzas reveladas: *Volverán las espaldas á la verdad, y abrazarán las fábulas del error.*

SECCION DE VARIEDADES.

Voltaire juzgado por Mazzini.

Voltaire era hombre de impulsos, de intenciones rápidas que no tardan en ocultarse; lléno de un entusiasmo que era más bien intelectual, que moral.

Defendía al género humano; y al mismo tiempo adúlaba á la emperatriz Catalina y al rey Federico de Prusia santificando sus crímenes, y se burlaba en versos innoblemente cómicos de la heroica resistencia de los polacos al desmembramiento de su patria.

Apóstol de la tolerancia en materia de religión, era un tipo de intolerancia contra sus adversarios, y capaz de emplear contra ellos todas las armas, aún la calumnia.

Hizo guerra encarnizada y rabiosa al Catolicismo, y amenazado por la muerte escribió una declaración de fé católica y de arrepentimiento.

He escrito esto por cumplir un deber de conciencia, y porque veo la admiración por Voltaire aumentar entre los jóvenes, la cual es tanto más peligrosa, cuanto no conocen todas sus obras é ignoran su vida.

No tuvo conocimiento de una ley suprema, dirigiendo la vida del género humano; no tuvo conocimiento del progreso, ni de la ley humana, ni de la asociación, ni de lo que constituye el fin y los medios de los tiempos nuevos.

De la Revista.

Lo que cuestan las perlas.

Cada vez que vemos en la garganta de una mujer un collar de perlas, no podemos menos de recordar que aquel vano adorno puede haber costado la vida á algunos infelices.

Sabido es que las conchas que contienen esa concreción brillante de carbonato de cal, solo se encuentran en el fondo del mar, y su adquisición es cada día más difícil. Los ingleses monopolizan hoy en la isla de Ceilán el comercio de perlas, valiéndose de los pobres indios para los trabajos de la extracción de las conchas.

Entristece leer las descripciones que de estos trabajos publican los periódicos de la India inglesa. Millares de hombres de todos colores y de todas las castas, se emplean en esta industria. Antes de salir el sol, la superficie móvil del golfo de Ceilán se cubre de barcas. Al cañazo del alba, millares de indios se sumergen en el mar, atado el pié á una piedra; y en el corto espacio de minuto y medio que pueden estar sin respirar, buscan la madre perla, llenando un saco que llevan, con sesenta ostras ó más, y salen á flor de agua, arrojando sangre por oídos y narices muchas veces, ó con una pierna menos que ha quedado entre los dientes de un tiburón. Algunos indios perecen, quedando su cadáver entre las rocas submarinas.

Cuarenta ó cincuenta veces al día exponen su vida de este modo por un exiguo jornal. Muchos de estos buzos

sucumben apopléticos al salir á flote. Todos viven poco tiempo, su cuerpo se cubre de llagas, los ojos se inyectan y ulceran, y quedan ciegos y en la mayor miseria.

Pero ello produce á Inglaterra algunos millones de francos todos los años, y la gran nación explota la vanidad, como explota el embrutecimiento causado por el opio.

(De la Caridad.)



Recuerdos y Rectificaciones.

HACE poco que uno de los más respetables órganos de la prensa salvadoreña reprodujo el *Prólogo* que el Señor Murillo escribió para una edición del Libro de Draper.

Tanto aquel prólogo, como este libro, hacen apreciaciones tan falsas, cuanto ofensivas á la Iglesia Católica.

El Libro de Draper fué refutado por multitud de libros, que, combatiéndolo palmo á palmo y por todos sus flancos, coronaron á la verdad católica con victoriosos laureles.

El prólogo del Dr. Murillo ha sido también contestado por valientes plumas de la América del Sur y últimamente, el 16 de Agosto, "*El Conservador de Bogotá*," dió á la luz una brillante refutación de él, titulada **RECUERDOS Y RECTIFICACIONES**, dirigida á "*La América de Madrid*."

Si los espacios de nuestro semanario no fueran tan reducidos, él se honraría trasmitiéndolo íntegro á sus lectores.

Pero no puede resistir al deseo de reproducir siquiera los párrafos, que anteceden y siguen al fragmento de una poesía de CARO, que con justicia es valorada como una de las más ricas perlas de la literatura hispano-americana.

"Lo que debe llamar la atención del verdadero filósofo, es que toda esa agitación científica que enjendra el progreso, todas esas controversias que suponen un interés general por el descubrimiento de la verdad, opuesto del todo á la inercia y apatía de los pueblos no cristianos, son manifestaciones de un movimiento intelectual, paralelo al desenvolvimiento de la Iglesia. La civilización no es el Cristianismo, ni las verdades científicas son dogmas religiosos; pero indudablemente la Iglesia es el medio, el universo intelectual dentro del cual se desenvuelve la civilización.

"Tal es el tema tratado magistralmente por nuestro ilustre compatriota, el poeta-filósofo José Eusebio Caro, en su admirable poesía *El Bautismo*; de la cual, contando anticipadamente con la aprobación del lector, copiamos aquí algunas estrofas:

Vén, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe ¡oh niño! de cristiano el nombre,
Nombre de amor, de ciencia y heroísmo
Que hace en la tierra un semidiós del hombre.

Los hombres que esas aguas recibieron,
Con su espíritu y brazo subyugaron
La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes, más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino;
Y en los vientos alzándose sin alas,
Siguieron sin temblar su torbellino.

Cristianos son, los que esas formas bellas
Con que el Criador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando al cielo:
"Ya mis ojos no alcanzan ¡pobre anciano!
¡Yó rasgaré del firmamento el velo!"

Y elevando en el cielo dos cristales,
Vuelta á Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales,
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que, meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza!

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mio!
Cuando en edad y para el bien crecieres,
(Y en el buen Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres);

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado.

Conocerás entonces por tí mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

Sí! do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo á moderadas leyes
Que formaron Senados populares
Y que obligan á subditos y reyes:

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y á la mujer como á su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre,
Viva fiel, sin vivir esclavizada:

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De oscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las inmundas llagas:

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amanzan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo:

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado al anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño:

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia:

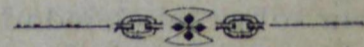
Allí do, respetándose á sí mismo,
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar: "Honor al Cristianismo,
Que éstos no pueden ser, sino cristianos!"

—"Filósofos como Caro, dicen:

"El Cristianismo es indirectamente, por su influencia fecunda, autor y propagador de las ciencias, fundador de la más bella forma de civilización que han visto los siglos."

"Sectarios como Draper y su prologuista, Murillo dicen:

—El Cristianismo es el enemigo directo, el feroz destructor de la ciencia y de la civilización."



Grito de guerra.

¡El clericalismo: éste es el enemigo!

Tal es al presente el grito de guerra de la tenebrosa potencia, que se llama revolución. Eso resuena en el antiguo y en el nuevo mundo, donde, bajo nombres diversos, se manifiesta la revolución. Con acuerdo desconocido hasta nuestros tiempos, este es el grito de guerra que mueve á todos los cuerpos del gran ejército del mal.

El clericalismo es el Catolicismo. Acerca de esto no es posible duda alguna.

"¡El clericalismo es el enemigo!" significa, pues: "¡el Catolicismo es el enemigo!"

En su conjunto, ¿qué es el Catolicismo?

Dios lo ha revelado. Por consiguiente, Dios: ¡éste es el enemigo!

Dios, luz infinita: ¡éste es el enemigo!

Dios, bondad infinita: ¡éste es el enemigo!

Dios, sabiduría infinita: ¡éste es el enemigo!

Dios, criador y conservador del mundo: éste es el enemigo!

El Catolicismo es el Hijo de Dios, Cristo, hecho hombre por amor nuestro. Luego Jesucristo, redentor del mundo, es el enemigo!

Jesucristo, nacido en un establo y muerto en una cruz por la salvación del género humano: ¡éste es el enemigo!

Jesucristo, que sacó á la humanidad del doble abismo del error y de corrupción en que estaba sumergida: ¡éste es el enemigo!

Jesucristo, que aún hoy aparta de vergonzosas y crueles supersticiones á los pueblos no evangelizados: ¡éste es el enemigo!

Jesucristo que, Él solo, impide á las naciones civilizadas caer de nuevo en la barbarie: ¡éste es el enemigo!

Y, lo que debiera estar escrito en letras de oro, Jesucristo, que ha abolido la esclavitud y los sacrificios humanos: ¡éste es el enemigo!

El Catolicismo es la Iglesia.

En consecuencia la Iglesia, esta gran institución que resplandece en la tierra, como el sol en el firmamento; la Iglesia, que, con la enseñanza perpetua del Símbolo, guía la vida del hombre, enseñándole qué es, de dónde viene, y á dónde va: ¡éste es el enemigo!

La Iglesia, que, con la enseñanza no menos continua del decálogo, protege todos los intereses, el honor, la libertad, la familia, la propiedad: ¡éste es el enemigo!

La Iglesia, que, dando la razón del poder y del deber, preserva á las naciones de los más grandes azotes que pueden afligirlas, esto es, el despotismo de uno solo y el despotismo de muchos: ¡éste es el enemigo!

El Catolicismo es el sacerdocio, ese cuerpo venerable cuya palabra conserva entre los hombres las verdades eternas, que son la gran constitución de la humanidad: ¡éste es el enemigo.

Es el Papa, lugarteniente de Dios, organo infalible de una doctrina, más necesaria á la vida moral del hombre, que el pan á su vida corporal: ¡éste es el enemigo!

Es el Episcopado, eco prolongado de los oráculos del Vaticano, centinela siempre vigilante para señalar el peligro contra el furor del lobo: ¡éste es el enemigo!

Es el Sacerdote, secular ó regular, que con sus sudores y muchas veces con su sangre, fecundiza la porción del campo que el padre de familia ha confiado á su celo: ¡éste es el enemigo!

El Sacerdote que sepulta su vida en el fondo de los más oscuros pueblecillos, y la pasa entre los niños á quienes instruye, entre los pobres á quienes socorre, entre los enfermos á quienes consuela, entre los pecadores á quienes vuelve á llevar al buen camino de la virtud, y que por recompensa no recibe, con harta frecuencia, más que la ingratitud y la persecución: ¡éste es el enemigo!

El Sacerdote que, á ejemplo del divino Maestro hace bien á todos, y á nadie hace mal: ¡éste es el enemigo!

El sacerdote, el solo tipo del heroísmo, que en la flor de su edad, cuando todo sonreía á sus deseos, abandona de pronto su patria, su familia y sus amigos, y se va á las extremidades del mundo á hacer, en favor de los pueblos salvajes y bárbaros, lo que otros Sacerdotes hicieron por nuestros abuelos, anunciar las buenas doctrinas, vivir pobre y morir en una cárcel: ¡éste es el enemigo!

El Catolicismo es el maravilloso conjunto de todas las obras de caridad que cubren todavía la Europa: ¡éste es enemigo!

Es la hermana de la caridad que vela á la cabecera del anciano, como junto á la cuna del recién nacido; que, esclava voluntaria, sacrifica su voluntad, sus esperanzas, su fortuna, para encerrarse en los hospitales y en las cárceles, en medio de un hacinamiento de todas las miserias morales y materiales de la humanidad: ¡éste es el enemigo!

Es la carmelita, para-rayo vivo, que con su austeridad y oraciones continuas se esfuerza por conjurar los golpes suspendidos sobre el mundo culpado: ¡éste es el enemigo!

Es el padre cristiano, la madre cristiana, cuyos ejemplos y lecciones instruyen en la sólida virtud á sus hijos, ornamento, gloria y salvación futura de la sociedad: ¡éste es el enemigo!

En consecuencia; el Catolicismo entero, Dios, Jesucris-

to, la Iglesia, el Papa, los Obispos, los Sacerdotes, los religiosos y religiosas, los católicos de todas condiciones, sus doctrinas, sus instituciones, y sus obras: tal es el clericalismo.

Éste, éste es el enemigo cuya vista os desconcierta, y que señalais todos los días al desprecio y al ódio de las muchedumbres ciegas, que oprimís con calumnias y ultrajes, que señalais á la tea de los petrolistas, al puñal del asesino.

¡Insensatos! ¿Cómo no veis, que si la victoria que ahora soñais pudiera convertirse en realidad, ella sería para la humanidad y para vosotros mismos, el más terrible de los castigos?

(L' Univers.)

El rosario del centinela.

Un valiente soldado de la guerra franco-prusiana de 1870, llamado Jaime Orval, hace la siguiente relación.

Hallábame yo en Roma con mi regimiento, cuando se declaró la guerra. De regreso á Francia, servimos de nucleo al cuerpo de ejército, que formaba el General Vinoy. El día de la batalla de Sedán estábamos en Mezieres, hasta donde llegaba el estruendo del cañon. Después de la admirable retirada del General Vinoy, nuestra brigada formó el cuerpo de defensa de París.

Después de muchos combates, mi batallón fué enviado á Vitry, donde construimos un reducto y algunas obras de defensa; pero la vigilancia del enemigo molestaba á nuestros trabajadores.

El enemigo escogía los mejores tiradores prusianos y bávaros, que se deslizaban uno á uno por los terrenos quebrados y se escondían tras las márgenes ó dentro de un hoyo excavado en el suelo. Así observaban nuestros trabajos y movimientos, disparaban á golpe seguro, y luego desaparecían.

Nuestro Comandante quiso oponer á esta táctica tenebrosa lo que él apellidaba una contramina; y llamó á los de buena voluntad, tiradores hábiles y que no tuviesen apego á la vida.

Yo me alisté entre esos *mozos perdidos*.

Debíamos deslizarnos arrastrándonos hasta cierta distancia, observar al enemigo sin ser vistos, y no hacer fuego, sino con la seguridad de no gastar pólvora en vano.

El último encargo fué el de adelantarnos tanto, como nos fuese posible:

“Sea todo ojos y orejas, y no olvidéis que estais rodeados de mocetones, que no os compadecerán.”

Poco antes de amanecer me colé por un torrente seco, y avancé siguiendo sus vueltas, muchas veces á gatas, el fusil á la bandolera, y con un pedazo de galleta en el bolsillo. Del cinturón colgaba un revólver y el anteojito de mi Teniente: una botella de café completaba mis provisiones de guerra.

Nos estaba prohibido fumar, pararnos y hacer el menor ruido. Me detuve cuando llegué al pié de un árbol corpulento, cuyo tronco estaba rodeado de motorrales. Mirando á flor de tierra, observé y ví que en frente tenía el pueblo de Chosy-le-Roi, á mano izquierda el Sena, y el fuerte de Ivry á la espalda.

Escogí este punto. Hice un hoyo con mi bayoneta; y amontonando la tierra, formé una trinchera que cubrí de ramas y de yerba seca.

Al cabo de un cuarto de hora de estarme allí de plantón, quise hacer un reconocimiento. A cincuenta pasos en frente ví un camino, que atravesaba un campo muy labrado. Este camino estaba cerrado por una verja en parte destruida, pero en algunos puntos había árboles derribados, que formaban una gran barricada. Por desgracia el camino no era paralelo al torrente y me parecía que yo estaba muy al descubierto del enemigo, y que podía servirle de blanco. No obstante, me puse en observación; pasó una hora y otra hora y ya empezaba á fastidiarme, cuando me pareció ver en un lugar de aquel camino hondo, detrás de un árbol, una mano que salía y se escondía.

Ya no cabía duda: el enemigo estaba muy cerca. Écho mano al anteojo y veo, no sin asombro, la cabeza y las manos de un hombre tan cerca, que por un instinto hice lo que solemos llamar hurtar el cuerpo.

De seguro que el hombre no me veía, pues estaba distraído escarbando la tierra con un palo. Sentado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre el brazo izquierdo, las piernas extendidas, parecía olvidar que estaba de vijía.

Era un jóven imberbe, de cabellos rubios y cortos; todo un bávaro, con semblante de mucha bondad. Bajo el uniforme se veía al jóven labrador, que sin duda soñaba en el hogar paterno. Sentí de veras la obligación que tenía de matarlo como á una liebre en su cama.

Preparéme, sin embargo, á hacerlo. Tomé el fusíl, doblé la rodilla derecha en tierra y apunté, esperando que el jóven se presentase un momento á cuerpo descubierto. Quería herirlo en el pecho, para evitarle sufrimientos.

De repente el bávaro levanta la cabeza, mira alrededor, sin fijarse en el punto que yo ocupaba. No habiendo visto cosa alguna, puso entre sus piernas una bolsa de cuero, la abrió y sacó un objeto que no pude distinguir.

Dejé el fusíl entonces y tomé el anteojo.

El pobre joven tenía en las manos un rosario; alzóse para ponerse de rodillas, hizo la señal de la cruz, y, con tales movimientos, se me presentó del todo descubierto.

El instinto de la guerra me hizo tomar de nuevo el fusíl y mirarlo de hito en hito. Yo lo veía en la punta del cañón de mi fusíl, inmóvil, con la cabeza algún tanto inclinada y los ojos fijos en el cielo. De sus labios salía la oración, y sus dedos hacían correr las cuentas del rosario.

Lo que pasó en mí en aquel momento no me lo sé explicar. Toda la sangre de Cristo hervía en mis venas: parecían bajar del cielo rayos luminosos, que caían sobre la frente de aquel joven, y aun creía verlo como levantarse por los aires. Una especie de visión santa se apoderó de mí, y se me cayó el fusíl de las manos.

¿Quién es el que en el camino de su vida no ha encontrado alguna vez otra mano que no es la suya, una mano imprevista, hábil, que no se puede explicar, á no darle el nombre de Providencia?

Aquel soldado, si logró volver á su casa, volvió á ella gracias á su devoción al santísimo Rosario.

De La "Caridad" de Bogotá.

El Mariscal Soult estaba irritado con el Conde Jaubert, porque supo que éste lo habia ridiculizado con punzantes epigramas.

En una de las recepciones de Luis Felipe le volvió la espalda en, presencia de treinta personas, precisamente cuando Jaubert se dirigía á saludarlo.

Este le dijo con imperturbable sangrefría:

—Mariscal, me babian dicho que Usted me reputaba como enemigo suyo: pero, con gran placer, estoy viendo lo contrario.

—¿Cómo así? preguntó Soult.

—Porque sé que no tiene U. costumbre de volver la espalda al enemigo.

El Mariscal tendió la mano al Conde, y le perdonó sus ofensas, en gracia de su agudeza.

Digno premio de la traición.

Estando acampados frente á frente y ya para combatir el ejército de Carlos IV Emperador de Alemania, y el de Felipe, Duque de Austria, el primero consiguió sobornar á los principales jefes del segundo.

Según lo convenido, estos traidores debían persuadir con falsas razones al Duque para que levantase el campo, y en recompensa recibirían una gran cantidad de dinero.

Los Jefes cumplieron su pérfido compromiso haciendo que su soberano se llenase de ignominia: y poco después

se presentaron al Emperador para pedirle el precio de su traición.

Este les mandó dar inmediatamente la cantidad pero en plata falsa.

Cuando ellos lo conocieron se quejaron con el César quien les contestó:

—En la misma moneda que me disteis, os pago, porque sería injusto recibir lo falso y dar lo verdadero.

El niño.

CONTEMPLANDO con afán
A un niño recién nacido,
Tranquilamente dormido,
Al pié de la cuna están
Los dos, mujer y marido.

Él lo mira pretendiendo,
Su blanca frente besar;
Pero ella sonriendo
No lo permite, diciendo:
—¡Que lo vas á despertar!

Él no obstante, se obstinó
En besar la frente pura
Del angel, que despertó
Llorando con amargura;
¡Tanto el beso lo asustó!

—¿Ves que hiciste? ella le dijo
Sin dejar de sonreír;
¡Sí lo sabía de fijo!
Y á su vez besando al hijo,
Este se volvió á dormir.

De La Caridad.

CRISTO.

(Traducción del portugués.)

—Madre, dí ¿quién es aquel
Enclavado en una cruz?
—Hija del alma, es Jesus,
Es la santa imagen de Él.

—¿Y quién es Jesus?—Es Dios.
—Y ¿quién es Dios?—Quien nos cria,
Quien hizo la luz del día
Con el poder de su voz.

Y quien nos vino á enseñar
Que todos somos hermanos,
Que debemos ser humanos
Que nos debemos amar.

Todo amor, todo clemencia....
—¿Y murió?—Para mostrar
Que debemos, hija, dar
Por la verdad la existencia!....

RUBÉN DARÍO.

De La Lámpara.

AVISO.

La Agencia de "El Católico" ha recibido un abundante surtido de libros religiosos, morales y de educación, escritos por los autores más célebres de los tiempos modernos. Tiene el gusto de ofrecerlos al público y principalmente á las familias, á precios sumamente baratos.

IMPRESA DE "EL COMETA," PLAZA DE SAN JOSÉ.